



CAPÍTULO

4

RESPONSABILIDAD SOCIAL DE LA UNIVERSIDAD: HOY Y MAÑANA

P o n e n c i a s

Introducción

Gracia Navarro

Palabras del Rector Sergio Bravo

Universidad de La Frontera

Palabras del Rector Fernando Montes S. J.

Universidad Alberto Hurtado

Palabras del Rector Juan Riquelme

Universidad de Valparaíso

Palabras del Rector Pedro Rosso

Pontificia Universidad Católica de Chile

INTRODUCCIÓN

*Gracia Navarro*¹

Hemos conversado acerca de las tendencias de la sociedad, hemos visto los efectos que están teniendo en nosotros, como seres individuales y como grupo social, las decisiones u opciones que como humanidad hemos ido tomando. Vimos cuál es el Chile que hemos construido y la percepción que de nosotros mismos, de los demás y del mundo en general tenemos los chilenos.

Así también, podemos imaginar los efectos que puede tener en las nuevas generaciones la oportunidad de auto construirse, combinada con una débil sociabilidad. Las consecuencias dramáticas que puede tener para los que aún no han nacido el hecho de ser hijos de una generación que se define a sí misma a partir de su familia y que a la vez percibe a la familia como fuente de tensiones y como una institución en crisis; hijos de una generación que tiene una percepción negativa de lo que ella misma considera que es la base de su identidad.

78

Probablemente, los aquí presentes, tenemos el convencimiento de que los problemas que enfrentamos no pueden ser resueltos por un solo actor social, sino que se requiere de cooperación intersectorial para abordarlos. Así también, creemos que la clave está en la expansión de la Responsabilidad Social y que la Universidad, al ser la encargada de la formación de elites intelectuales, tiene la oportunidad de formar a futuros profesionales que orienten sus actividades en un sentido que permitan crear las oportunidades humanas para que la responsabilidad y talentos de los demás se desarrollen y expresen al máximo.

¿Es esa la Universidad que tenemos hoy? ¿Cómo visualizan la universidad del mañana? ¿Quiénes son hoy sus líderes y encargados de conducirla? Durante la mañana vamos a tener la oportunidad de escuchar, en una primera parte, una presentación de cada uno de los señores rectores que nos acompañan hoy día. Luego, podremos hacerles algunas preguntas aclaratorias en relación a su presentación y, después, vamos a poder interactuar con ellos en un diálogo que esperamos sea abierto, franco y que nos permita a todos tener claridad respecto a estos líderes de nuestras universidades hoy día.

Junto con agradecer la invitación que se nos hiciera para participar en este Seminario «La Universidad Construye País», expresamos también que hemos decidido mirar y valorar la propuesta de PARTICIPA - *Indicadores de Responsabilidad Social Universitaria* - en el contexto de una idea de país como del rico andamiaje conceptual que le subyace -desde la perspectiva de Rector de la Universidad de La Frontera, Universidad estatal y pública; heredera de las tradiciones de la Universidad de Chile y de la Universidad Técnica del Estado; que acaba de cumplir veintiún años de existencia; que tiene 4 Facultades, 8.800 alumnos, 800 académicos y 500 funcionarios no académicos; 159 magíster, 81 doctores y 102 con especialidad médica; que ofrece 33 carreras de pregrado; 11 especialidades médicas; 11 programas de magíster, 3 programas de doctorado; 61 mil volúmenes en su Biblioteca Central; 5 Institutos Interdisciplinarios. Geográficamente ubicada en la Región de La Araucanía, con una sede en la ciudad de Angol y otra en Pucón y que recientemente, el 12 de agosto, decidió iniciar un proceso de transición hacia *una nueva forma de pensar, hacer y sentir la Universidad*, sin abdicar de sus tradiciones y abierta a los desafíos de una sociedad compleja, convulsa, mutante.

En una palabra, mirar y valorar la propuesta de PARTICIPA desde la perspectiva de un Rector, que el 12 de agosto, ha asumido el insoslayable e impostergable desafío de, participativamente, definir su misión y fortalecer su identidad.

Hemos venido observando con suma atención el desarrollo de este proyecto de construcción de Indicadores de Responsabilidad Social Universitaria.

No es trivial que la UNESCO, al organizar la Conferencia Mundial sobre Educación Superior en octubre de 1998 - hace exactamente cuatro años - decidiera reinstalar en la agenda de la discusión pública, entre otros, el tema de la Responsabilidad Social Universitaria, para que unos, lo recuperen, para que otros lo actualicen, pero en ambos casos de cara a los desafíos de hoy.

Tampoco es trivial que a cuatro años de la referida Conferencia, y después de un hacendoso trabajo, se reúnan representantes de 11 universidades chilenas, a dialogar y reflexionar para hacer posible los seis objetivos que presiden este Seminario que iniciamos ayer y que hoy concluirá con el establecimiento de los pasos necesarios para implementar en las universidades que así lo decidan, los Indicadores de Responsabilidad Social.

Tal como se declarara en la Conferencia Mundial sobre Educación Superior, al debate temático sobre “Autonomía, Responsabilidad Social y libertad académica” le subyace el siguiente supuesto: *la libertad académica y la autonomía universitaria para la búsqueda y difusión ilimitada de conocimiento*. Se concede así a la comunidad académica no sólo por su propio bien, sino también para permitir que la Universidad cumpla con sus obligaciones para con la sociedad.

Como se ha dicho, para que unos recuperen el concepto de Responsabilidad Social y para que otros lo actualicen. Pero en ambos casos se supone la existencia de la Responsabilidad Social como constitutiva de esta institución. La Universidad, en su ya largo transitar desde Bolonia en el siglo XI, lleno de crisis y tensiones, no ha renunciado a una mirada reflexiva y crítica de la sociedad en que está inserta. Aun más, esta criticidad se ha instalado como parte de su naturaleza de tal. Recuérdese que en los 60 se habló de la Universidad como conciencia crítica de la sociedad y que los universitarios de París escribían en las paredes: “*Seamos realistas, pidamos lo imposible.*”

80

La Universidad ha sido fiel a la razón de su existencia, un medio de institucionalizar dos actividades humanas básicas: La educación y la investigación, es decir, “la preservación y la transmisión de la riqueza cultural y científica de la sociedad y la expansión de las existencias científicas y teóricas, por medio de reflexión crítica y el enriquecimiento con nuevas ideas”. Así las cosas, sin bien la Universidad es reproductora de la cultura prevalente en la sociedad en la cual se inserta, es igualmente creadora de cultura, interfiriendo y dinamizando la sociedad de la cual es parte. Así ha sido y es capaz de superar las restricciones y las condiciones sociales en las cuales funciona, creando respuestas pertinentes para los hombres y mujeres y la sociedad de su tiempo.

Decíamos que hemos estado mirando con suma atención el desarrollo del Proyecto “Universidad Construye País”.

Es menester recordar que el año 1998, con motivo de una masiva y prolongada protesta estudiantil, se afirmó que “el desafío que enfrentan las Instituciones de Educación Superior no es sólo de gestión, financiamiento y organización, el reto que tienen por delante mira también a su identidad y misión y a la forma como asumen su responsabilidad con el desarrollo del país. Más aún, se llegó a afirmar: “Chile tuvo universidades dignas en el pasado porque las universidades se reconocieron en una común identidad institucional y cumplieron una misión que el país valoró y respaldó. Hoy,

en cambio, las universidades han perdido su posición en la sociedad y ya no saben dónde están paradas y hacia dónde encaminarse. La Universidad chilena vive una crisis de identidad - incubada en los sesenta- que perdura y que en los años recientes se ha profundizado. Para construir su futuro necesita de un nuevo consenso: Para lograrlo, no hay otro camino que debatir”.

Hemos estado observando con sumo interés el desarrollo de este Proyecto “Universidad Construye País” en el que han participado algunos de nuestros estudiantes y académicos porque lo sentimos como un significativo aporte para el debate pendiente. El sólo cuestionario sobre Responsabilidad Social Universitaria representa una oportunidad para mirar con cara de duda nuestras visiones, misiones e identidades. Bastaría con preguntarnos si las declaraciones de visión y misión son conocidas en nuestras respectivas comunidades y si, siéndolas, efectivamente generan compromisos.

Por esta razón en la introducción al referido cuestionario se precisa: «Este cuestionario evalúa el grado de desarrollo de un conjunto de valores y principios que deberían orientar las acciones de Gestión, Docencia, Investigación y Extensión de toda Universidad y comunidad universitaria que se declare socialmente responsable. El cuestionario se estructura alrededor de una serie de principios y valores que guían el comportamiento humano e institucional en una dirección que contribuye a una mejor humanidad y a una convivencia que nos aporta más seguridad y paz. En este sentido, se concluye, los principios que se proponen son una orientación ética y valórica para las universidades que decidan evaluar su Responsabilidad Social».

¿Cuáles son tales principios?

Dignidad de la persona. Libertad. Integridad. Ciudadanía y Democracia. Solidaridad. Convivencia y Sociabilidad. Excelencia. Criticidad. Participación. Interdisciplinariedad. Bien común. Aceptación de la diversidad. Equidad Social. Interdependencia. Medio Ambiente.

Advertía que es menester recordarlos y tenerlos presentes porque la adscripción institucional a todos o algunos de ellos plantea una exigencia de coherencia. Si decimos, por ejemplo, que queremos formar a nuestros profesionales para la libertad, la solidaridad y la participación, debemos hacerlo en libertad, con solidaridad y participativamente. Las palabras siempre reclaman su significado. Como se ha dicho, tales principios deben orientar coherentemente todas las acciones de Gestión, Docencia, Investiga-

ción, Extensión de la Universidad y comunidad universitaria que se declare socialmente responsable. Esta coherencia discursiva institucional entraña un complejo desafío que, ciertamente cada Universidad debe asumir.

Decía que hemos estado observando con sumo interés el desarrollo de este Proyecto “Universidad Construye País”.

En julio pasado, nuestra Universidad de La Frontera fue convocada a la elección de Rector para el período 2002-2006. En un documento destinado a dar a conocer la naturaleza y sentido de nuestra postulación titulado *Lineamientos programáticos*, dado a conocer en mayo de 2002, incorporamos, con mucha convicción, la idea de Responsabilidad Social Universitaria en los términos que cito textualmente:

“En este espacio multifacético y cambiante debemos actuar con inteligencia y lucidez si queremos sostener y mejorar nuestra condición de Universidad estatal y pública, abierta al pensamiento universal. Este contexto de exigencias es también un ambiente de crecientes oportunidades para generar transformaciones y hacer más equitativa y homogénea la educación. En un mundo en que el conocimiento se transforma en la principal fuente de poder y de generación de riqueza, la educación juega un papel determinante para formar personas con conocimientos, habilidades y valores que les permitan anticiparse al futuro y transformarse en constructores de entorno con bases y visiones de ciudadanos lúcidos, solidarios y éticos que contribuyan a la integración nacional y al fortalecimiento de la democracia, factor determinante para que nuestro país pueda desarrollarse de manera armónica.”

“Desde esta perspectiva, agregamos, debemos repensar nuestra Universidad, reencontrarnos en nuestra misión universitaria que se sustenta en la equidad y en la democracia, integración que exige actualizar nuestra Responsabilidad Social para asumir el desafío que implica el existir, ser y estar en una región con desigualdades extremas, por ende de alta conflictividad social y étnica, y con severos problemas en el ámbito productivo. Acreedora de los más bajos indicadores educacionales, nuestra región tiene una apremiante necesidad de capital humano calificado y de conocimiento que contribuya a la generación de soluciones dinámicas e innovadoras, que permitan el desarrollo social, cultural, productivo y ambiental de la región”.

En una palabra, nuestro Compromiso de Gestión, lo declaramos en los siguientes términos: “Generar condiciones institucionales, académicas y financieras que permitan cumplir nuestra misión como Universidad pú-

blica con Responsabilidad Social y responder creativa y eficazmente a los desafíos a que nos enfrenta el nuevo escenario de la Educación Superior. Es decir, todas estas ideas universales, quizás un tanto utópicas, debemos hacerlas posible en el ámbito de nuestros espacios reales, con sus potencialidades y sus contradicciones y de acuerdo a las posibilidades existentes que podamos tener. Sin abandonar el compromiso y creatividad que ellas nos demanda para superar condiciones permanentemente adversas.

Entonces, es una Responsabilidad Social efectiva aquella que brota en la cotidianidad del hacer, para otorgar a destinatarios y actores tan diversos socioculturalmente, las condiciones y oportunidades de realización humana y de proyección social.

El sentido común indica que debemos hacer las cosas bien, con calidad, planificar cada paso y abrir expectativas allí donde realmente podamos cumplir. Por ello en La Frontera hablamos de transición, es decir, un modo distinto de hacer las cosas, porque las condiciones de la región y de su gente así lo exigen. Ante la realidad sociocultural de nuestros alumnos y como una forma efectiva y responsable de otorgar igualdad de oportunidades, estamos implementando un programa de vida estudiantil, con el consiguiente cambio de estructura existente para responder a este desafío que pretende potenciar integralmente la formación profesional, humana y social de nuestros alumnos.

De igual modo, está considerado impulsar desde los primeros años un programa intensivo de tutorías e inserción para la vida académica y universitaria para ir tras un estilo de convivencia sustentado en deberes y derechos efectivos. La vida estudiantil se integra con un espacio cultural, artístico y deportivo concebido como un complemento de la formación disciplinaria y en cuyo convivir se consoliden valores humanísticos, desarrollo de la sensibilidad, compromiso social y goce estético. Reestructuración y creación de un Instituto de Arte y Cultura a cargo de actividades extraprogramáticas de los estudiantes.

De esta manera, acciones tan cotidianas y posibles como éstas son las que están dentro de los indicadores conversados y corresponden a la visión de lo que entendemos por Responsabilidad Social efectiva.

Quisiera reiterar los saludos a Mónica Jiménez, a los rectores, y a todos los presentes; reiterar -con los que me precedieron- el agradecimiento doble porque este tema de la Responsabilidad Social de las universidades se trate, y porque nosotros podamos participar en este proceso. Deseo también expresar mi alegría por estar en esta Universidad, por la que siento un particular cariño, y a la que vuelvo siempre con reconocimiento porque yo tengo mi título de profesor obtenido en esta casa de estudios. Agradezco también que seamos varios los que vamos a hablar y por lo tanto no tengo obligación de tocar todos los temas referentes a la Responsabilidad Social. Me voy a referir a dos cosas, exclusivamente.

La primera cosa se refiere a la obligación que tiene la universidad de hacer conscientes los mecanismos que hacen funcionar esta sociedad, los modelos sociales, el ideal de sociedad que está detrás de todos nuestros proyectos, y eso es lo que yo entiendo por pensamiento crítico. No se trata sólo de criticar, sino de traer a la conciencia lúcidamente todos los procesos -y en eso estoy totalmente de acuerdo con mi predecesor, el rector Juan Riquelme. Nosotros creemos que la Universidad no es la única en pensar la sociedad, pero sí la Universidad tiene la obligación de prestar ese servicio a la sociedad. El pensamiento crítico es un pensamiento lúcido y por eso no se limita a aspectos negativos sino que deben ser también propositivos.

En este último tiempo he reflexionado mucho sobre nuestro pasado, que queda enmarcado entre dos hechos. El 11 de septiembre de 1973 vimos hecho humo lo que era nuestro pasado, nuestra experiencia histórica republicana. Fuimos entonces incapaces de entendernos, las piedras valieron más que los argumentos, la fuerza fue más importante que la razón, la intransigencia, las ideologías pudieron más que nuestra alma y nos destruyeron. Y un 11 de septiembre de 1973 nosotros vimos esa realidad nuestra destruida cuando vimos en llamas La Moneda, que era un símbolo de nuestra patria y nuestra nación. No queremos volver a pensar a Chile con esas categorías simplistas, llena de slogans, e ideologizaciones. Es una tarea de la universidad que eso no nos vuelva a pasar.

Pero hace un año, vimos también un 11 de septiembre hecho llamas lo que nos habían propuesto como ideal alternativo. Nos propusieron una sociedad de competencia, donde el mercado solo asignaba los recursos, donde el individualismo era mucho más importante que la construcción social, una sociedad donde todo estaba medido por el factor económico, y

por lo tanto, el desarrollo del país se medía sólo en dólares, no en felicidad, no en Responsabilidad Social. Y ese modelo generó un enorme malestar en el mundo porque las minorías aplastadas y los países pobres se sintieron marginados en una sociedad globalizada. Esa realidad, ese modelo el 11 de septiembre del 2001 explotó en los símbolos del poder del mundo globalizado: El World Trade Center y el Pentágono.

La vida social la construimos los seres humanos. Somos nosotros los que elaboramos los modelos y, luego de crearlos, nos olvidamos que somos sus autores y como esclavos, nos sometemos a nuestra propia creación.⁴ Somos los actores, pero escondemos la mano y no queremos que se note que nosotros hicimos las cosas.

Con un ejemplo se puede entender mejor lo que quiero decir. Cada año las revistas de moda les señalan a las mujeres cómo deben vestirse. En cada temporada, con retraso porque copiamos de Europa, muchas mujeres se sienten en la obligación social de cambiar su ropero para poder estar “in”. Se cambian los vestidos grises por otros amarillos y los vestidos cortos por unos más largos porque lo dice el implacable barómetro de la moda. Es necesario someterse a él para no hacer el ridículo. La moda manda como si fuera un ser superior, inteligente y omnipresente. ¿Quién decide? ¿Quién impone sus criterios? Sin duda se trata de un grupo de personas, modistos, que ocultos en un cierto anonimato buscan sus propios intereses. Las señoras se ven obligadas a cambiar sus atuendos no porque las nuevas modas sean más económicas, más cómodas, más útiles o más bonitas, sino porque eso permite mover un mercado y hacer un negocio lucrativo no muy racional pero jugoso. Es decir, el ser humano crea la moda y la convierte en un ente abstracto al cual se someten muchos y ante el cual se hacen enormes sacrificios.

Algo parecido pasa con la economía de mercado en un mundo globalizado. Se nos quiere hacer creer que el mercado es un ente en sí, se despersonaliza y como una realidad omnipresente y oculta decide por nosotros. Ese mercado nos obliga andar a su ritmo y terminamos siendo sus esclavos.

En el último libro de Alain Touraine «Cómo salir del liberalismo», él no entiende la palabra liberalismo como normalmente la podemos entender, sino como esta noción donde, en el fondo, se nos quita la posibilidad de ser sujetos de la historia. La globalización mal entendida puede quitarnos la responsabilidad de ser actores, sujetos de la historia, porque todo viene decidido desde rincones ocultos y lejanos en los que pareciera

que nada tenemos que decir. ¿Los jóvenes hoy día por qué se desinteresan de la política? Tal vez porque pareciera que ya está todo decidido. Las multinacionales, los países más poderosos escondidos en el mercado, parecen ser un ser abstracto e impersonal desprovisto de intereses que decide en las sombras nuestro futuro y nuestro destino.

Si una Universidad no analiza los modelos que nos están determinando en todo, ¿quién lo hace? Nuestras universidades tienen una enorme responsabilidad, porque Chile tiene una oportunidad de dar un salto al desarrollo y tiene que hacerlo sin perder su alma y sin convertir a los ciudadanos en meros consumidores. Eso nos significa estudiar nuestra cultura, entender los mecanismos que están operando para no danzar en un baile en que otros ponen la música. Hemos de preservar nuestra calidad de sujetos de su historia con la capacidad de decir algo y decidir. Esta es la primera obligación de la Responsabilidad Social de una Universidad, desentrañar los mecanismos y ayudarnos a proponer un modelo social e instancias de interrelación que no nos quiten el alma y que nos genere una sociedad más justa, menos dividida, una sociedad más participativa donde el ser humano sea en última instancia un sujeto consciente y libre sin marginaciones ni exclusiones.

86

La segunda idea que yo quisiera desarrollar hoy día, entre las muchas que creo importantes, es la necesidad de reposicionar y redefinir el concepto de la ética. Todas las universidades hoy día dicen que la ética es fundamental y, en la verdad, ocupa lugares absolutamente secundarios en planes y programas. Todas las empresas hoy día insisten en que la ética es una dimensión esencial del mundo moderno y, sin embargo, a la hora de la inversión, a la hora del sacrificio, lo ético es de tercera categoría y a menudo, esta desvalorización nos hace tener un discurso mendaz, falso, en que decimos una cosa y hacemos otra.

Yo estuve invitado por el BID tratando los problemas de la relación entre ética y economía en Honduras y le oí al rector de la Universidad Andrés Bello de Caracas, algo que me conmovió: “Si queremos en América Latina hacer el mejor discurso ético, busquemos a los 15 más corruptos porque su discurso es impecable”. Y es verdad, todos nos encontramos en medio de un discurso espléndido y una verdad atroz.

En ese contexto, yo quisiera compartir con ustedes algunos puntos que nos permitan ensanchar el concepto de ética para que pueda entrar a nuestras aulas, para que podamos compartir con nuestros alumnos. Es ésta una tarea formidable. Porque hemos reducido el concepto de ética a cier-

tos valores que son muy reducidos al ámbito familiar o sexual. En nuestra sociedad se ha llegado, en los medios de prensa, en el discurso público, y en el lenguaje de la Iglesia, a reducir lo valórico sólo a lo que se refiere a la familia y a la sexualidad. Y cuando uno dice que una señora es inmoral todo el mundo piensa que tiene varios maridos, a nadie se le ocurre pensar que le paga mal a su empleada, porque hemos ido achicando el concepto de ética y aun la palabra valor ha significado algo muy reducido. Es en este contexto donde yo creo que nosotros tendríamos que tomar cinco cosas muy esenciales para ampliar el concepto de ética en una Universidad de modo que él ilumine todo nuestro quehacer.

Primer elemento en esta ampliación del concepto de la ética en la Universidad se refiere a la necesidad de dar una formación integral; formar personas -en el más pleno sentido de la palabra- integrales. La ética no es una prohibición, no es una amenaza de castigos, es un sueño de humanidad. En ella nos preguntamos qué es lo que nos hace más humanos en nuestro comportamiento con los demás y en nuestra vida personal. A mí me asusta el nivel de suicidios en nuestras universidades. Es impresionante el nivel de anorexias. ¿Qué nos pasa? Estamos formando profesionales cada vez más especializados y destruimos seres humanos. Formamos personas que saben ciertas cosas y a veces ignoran lo esencial. A ellos se les podría decir la palabra de Jesucristo: “¿De qué le sirve al hombre ganar el mundo entero si al final se perjudica y se destruye?” Al sabio Nicodemo, que vino de noche a visitar a Cristo, le hizo una pregunta lacerante: “¿Cómo tú siendo maestro no sabes lo esencial?”. Me parece importante que una Universidad abra los horizontes para que nuestros alumnos sean capaces de amar, que el día que sean profesionales, junto con la seriedad en su trabajo, sean capaces de ser responsables en su familia. Eso significa también dar la capacidad de leer poesía, de llorar, la capacidad de compartir, la capacidad de cantar y de jugar, de gozar el tiempo libre. A menudo la profesión quita hoy la calidad de vida. Creo que una Universidad es una escuela de humanidad y por lo tanto debería redefinir bien sus criterios y sus parámetros éticos. Abrir el alma a todo lo humano, romper las ataduras.

Una segunda dimensión de la ética que no se opone a la anterior es formar profesionales que sean buenos profesionales. ¿Qué pasa en América Latina que no encontramos soluciones? ¿Por qué seguimos sumidos en un inicio subdesarrollo? En parte es porque a menudo somos extremadamente mediocres, hablamos de la calidad, de la excelencia académica, y eso es una ficción. Copiamos, repetimos sin creatividad y sin seriedad científica.

A pocos se les ocurre relacionar la ética con la seriedad en el trabajo, con la calidad profesional que sea capaz de enfrentar con mirada penetrante la realidad que nos rodea. No es ético repetir como un eco lo que otros han pensado evitando el riesgo de pensar por nosotros mismos con consistencia. Es una segunda exigencia ética la seriedad profesional en nuestras universidades. Que acabemos el discurso grandilocuente sobre la calidad académica donde el que es capaz de dar diez se contenta con dar cinco, donde el profesor repite sus lecciones sin innovación, donde reina la ley del mínimo esfuerzo para pasar los cursos. La búsqueda de la verdad no parece ser una pasión, sino tedioso trabajo que hay que aligerar. Tenemos que hacernos una autocrítica muy profunda.

Una tercera dimensión de la ética es la que normalmente llamamos probidad. Vivimos una sociedad profundamente tramposa, donde las leyes hay que dictarlas pensando ante todo en los fraudes posibles. Hay que enseñar al futuro vendedor que si vende un kilo de arroz, la balanza ha de marcar mil gramos y no ochocientos porque esa astucia tramposa de la cual nos gloriamos destruye las confianzas, hace imposible el progreso y rompe el fundamento de la vida social. La verdad ha de ser la verdad para que nos podamos creer. Eso significa que el servidor público y el servidor privado han de compartir esa noción de probidad para no engañar, para no vivir aprovechando la ocasión de medrar a costa de los otros. Somos un pueblo de pillos y, como decíamos, la mayoría de las leyes se hacen para evitar el pillaje. Eso es dramático y el combate contra eso tiene que comenzar muy seriamente por la formación de profesionales que tengan probidad. Esto supone que se acabe la copia. Cómo se puede confiar en un ingeniero para el futuro si los cálculos matemáticos los copió del vecino.

La cuarta dimensión de la ética es la dimensión social, porque la ética no es algo privado ni individualista. Uno de los problemas de la ética contemporánea es el debilitamiento del concepto de persona, que la teología católica trabajó profundamente a partir de su concepción de Dios como Trinidad. En Dios, las personas son personas en la medida en que se relacionan unos con otros. En Dios, esa relación es tan profunda que llegan a ser un sólo Dios. Ser persona es relacionarse con otro. Poco a poco hemos hecho sinónimo de persona la noción de individuo, que en lugar de resaltar el aspecto relacional, subraya la separación. Se ha aislado la persona, se ha insistido en el individuo, en su ego. Se nos hace competir entre nosotros para triunfar a cualquier precio.

En ese contexto, me parece muy importante trabajar la dimensión social de la persona, la necesidad de hacerse solidario. La dimensión social supone hacerse responsable de los otros, saber depender de otros y trabajar con los otros y para los otros. De un modo especial, hay que cuidar el valor de la palabra, que es el instrumento de comunicación por excelencia. En Chile, es indispensable enseñarle a la gente a que no hable mal de otros, que sean un factor de comunión en los lugares donde trabajen. Yo he sido testigo de los pequeños mundos, llenos de envidia y de pequeñez en nuestras universidades, oficinas y fábricas, donde la lucha por el poder deshace las relaciones humanas.

Les recomiendo leer una de las últimas novelas de Laura Esquivel, “Tan veloz como el deseo”, donde hay un personaje, Júbilo, que siente la misión vital de generar lazos. Él fue telegrafista y le agregaba palabras a los telegramas para que la gente terminara entendiéndose. Y cuando su abuela, que odiaba a su madre, hablaba maya y él hacía de traductor, Júbilo arreglaba el discurso para que su madre no se enojara. Terminó haciéndolas amigas.

¿Qué quiero decir con esto? Pienso que es parte de la ética, que es una dimensión esencial en la formación, formar a que seamos capaces de trabajar con otros, de vivir con otros, respetar a otros. Parte de este respeto es el cuidado de la palabra. El saber hablar y escuchar tendiendo lazos. Eso se traduce, entre otras cosas, en un sano pluralismo. Una sociedad moderna, o es pluralista o no será moderna. Nosotros hemos entendido el pluralismo como un cúmulo de silencios. En la Junta de Vecinos de la población donde yo vivo no se puede hablar de política ni de religión para poder estar juntos. Sería mucho más bonito y más humano que pudiéramos decirnos lo que pensamos, que otro pudiera contarme lo él cree y que yo lo respetara. El pluralismo se hace de respeto y no de silencios, de medias verdades. Este respeto humilde y pluralista hay que enseñarlo en una Universidad, para que podamos discutir razonablemente, para que podamos encontrar la parte de razón que el otro tiene. Cómo cambiaría la vida de la familia, la vida política del país, si comprendiendo nuestra naturaleza social, viviéramos armónicamente para los otros y con los otros, alimentando a los otros con nuestra palabra y alimentándonos de la palabra ajena.

Y por último, la quinta nota que yo quisiera señalar en esta ampliación de lo ético en la Universidad, es la responsabilidad política que tiene todo profesional. La sociedad debe funcionar como un todo, tiene estructuras de poder, estructuras económicas y culturales y es necesario velar por

el bien común. La última medida del bien común es que no haya marginados, que el bien de la sociedad llegue a los más pobres. Los más poderosos velarán por sus intereses y la sociedad cuidará de los más débiles. El bien común es de todos, pero el signo más claro que él se realiza es que nadie queda fuera. Los profetas ponían como signo del Reino de Dios el que los pobres fueran evangelizados, se les anunciara la Buena Noticia.

Me preocupa una formación universitaria auto referente y destinada al éxito individual. He percibido una despreocupación por el bien común. Eso se manifiesta en parte por una creciente falta de interés por la política.

En una sociedad globalizada corremos el riesgo de tener como punto de referencia las sociedades más desarrolladas, dialogamos con ellas y transmitimos su ciencia sin atender los desafíos de la propia sociedad. Me impresionan ciertas carreras donde aprendemos de memoria las recetas de otros lados, lo que se enseña en otras universidades del extranjero, sin hacer referencia a nuestra situación. En economía, conocemos perfectamente la Escuela de Chicago y muchos profesionales nuestros conocen a los pobres de este país sólo por las estadísticas. No sienten responsabilidad hacia ellos. A menudo se saben los nombres de las calles de Orlando y de Miami de memoria y nunca han pisado una población en nuestras ciudades.

Una Universidad tiene que generar necesariamente ventanas y contactos para que un profesional sea socialmente inserto. Nosotros vivimos en sociedades donde hay un abismo entre unos y otros, donde nadie hace puentes. Nos encerramos en condominios separados y vamos construyendo hasta universidades que nos previenen del “contacto” con otros grupos sociales. Y esa es una responsabilidad inmensa de la Universidad. No podemos tener profesionales herodianos. Herodes era un reyezuelo que no se preocupaba de su pueblo, sino de congraciarse con el emperador de Roma. No podemos tener gente cuyo único interés es publicar en las revistas extranjeras sin preocuparse de buscar soluciones concretas con los medios pobres que tenemos. Puedo contar ejemplos de la dificultad que significa trabajar en la pobreza y crear en la pobreza. Crear la pasión por el bien común, entender el amplio sentido del servicio público, comprender la propia profesión como una vocación a servir, son parte de la formación ética. Una responsabilidad política, que no significa necesariamente la lucha militante, es un imperativo ético de primera magnitud. Quien entiende su profesión como un servicio al conjunto de la sociedad, no permitirá que quienes viven en condiciones más precarias sean basureados por ciertos sectores.

La gran política necesita de políticos profesionales y de profesionales con sentido de la polis. No podemos permitir que la política chilena se convierta en algo sin proyecto, en un mero responder caso a caso a las necesidades de la gente. Eso terminaría en un populismo irresponsable. Por cierto hay que escuchar a la gente, pero alguien tiene que proponer proyectos, tiene que tener fines para ordenar la marcha y juzgar los diversos medios que tenemos. La Universidad y su gente tienen que contribuir a pensar la sociedad como un todo, defendiendo a los más débiles para que ella pueda insertarse en este mundo global.

Con esto quiero terminar. Chile ha dado un salto formidable en diez años, ¿pero qué nos pasa? Si uno le cree al informe del PNUD, tenemos dudas serias sobre nuestra identidad y hoy día tenemos más miedo, estamos más tristes y nos creemos mucho menos entre nosotros. De ahí surge una pregunta de fondo que se relaciona con la idea de desarrollo por la cual estamos luchando.

Somos un pequeño país, pero muchos se vuelven hacia nosotros porque hemos optado por entrar de lleno en la globalización. Estamos firmando tratados de libre comercio y de intercambio cultural con los países más poderosos de la tierra y existe la pregunta y el desafío de ver si eso es posible sin perder nuestra cultura, nuestra identidad y nuestra misma alma. Esa misma pregunta la tienen planteada la mayoría de los pueblos del llamado tercer mundo. Ese proceso no es algo mecánico ni puede ser dejado en mano sólo de aquellos que buscan su interés económico por legítimo que éste sea. La Universidad, con un trabajo multidisciplinario, tiene que pensar lo que queremos y recordar que el ser humano no se limita a lo económico. Ella ha de insistir que lo económico es un medio necesario para que el ser humano pueda crecer en humanidad, y relacionarse mejor.

En nuestra Universidad hemos generado una Dirección de Integración que haga crecer a las personas y les abra las ventanas hacia su sociedad y un Centro de Ética que proponga un proyecto de humanización. Pero les confieso que es difícil navegar contra la corriente. Como dice Machado: “Qué difícil es cuando todos bajan, no bajar también”. Uno ve que a veces la Universidad busca el éxito, la especialización y excesiva profesionalización y podemos perder el alma de Chile. Necesitamos ciertamente especialistas, pero sin estrecheces, y profesionales con vocación de bien común. Por eso me parece tan interesante lo que estamos haciendo hoy para entender la Responsabilidad Social de una Universidad.

Quisiera, en primer lugar, agradecer a nombre de la Universidad de Valparaíso la invitación a participar en el presente Seminario y felicitar, como siempre, por la iniciativa de este Proyecto “Universidad: Construye País” a Mónica Jiménez y Catalina Delpiano. También quiero referirme a la importancia del patrocinio que este proyecto tiene de instituciones gubernamentales y no gubernamentales, mirando al Bicentenario. En fin, agradecer a todos los que están materializando esta iniciativa que va creciendo y que va haciéndose carne en cada uno de los que participan en ella.

No es primera vez que me corresponde participar en un evento relacionado con este proyecto, de tal manera que cuando recibí el temario del presente Seminario -y al leer el documento que gentilmente me enviara Mónica Jiménez- no dudé en sentirme identificado y aceptar esta convocatoria y dialogar sobre cooperación y Universidad en la sociedad del conocimiento. Estoy convencido de que en esto se encierra el mayor desafío de todas las organizaciones universitarias en la actualidad. Es más, si modificáramos en uno de sus términos el texto del objetivo enunciado, podríamos aplicarlo sin temor a equivocarnos a todas las organizaciones sociales, incluso a las personas en singular.

Y quisiera destacar ese hecho; la Responsabilidad Social, más allá que un tema de indicadores, es un tema que pasa por una primera reflexión por uno mismo, es decir, los indicadores lo que hacen es sólo mostrar el resultado de lo que las personas hacen. Y por lo tanto, primero tenemos que centrarnos en si somos capaces nosotros de hacer aquello que podemos decir que queremos hacer. Y por lo tanto, pasa por una primera responsabilidad personal y yo creo que el gran desafío universitario -y no quiero hablar en términos de una entelequia universitaria- es ver si somos capaces de traspasar a cada uno de nuestros académicos, funcionarios y alumnos una concepción de hacer la vida produciendo la Responsabilidad Social.

Y quiero también destacar que para nosotros hacer Responsabilidad Social no es hacer caridad, sino que es hacer una acción real sobre la sociedad. Por ejemplo, estamos pensando seriamente -y esto no estaba en el libreto pero lo quiero agregar ahora- en incorporar al crédito académico de los estudiantes y a la evaluación de los académicos a las acciones que hacen en la comunidad. Es decir, de alguna forma lo que queremos hacer es ir cambiando este concepto de los trabajos voluntarios minoritarios por un

concepto de que el alumno cumpla un creditaje en su carrera haciendo acciones en la comunidad y lo mismo, lo que los académicos hacen en la comunidad. Hoy día privilegiamos puras cosas del tipo universitario muy discutibles algunas y otras, pero no estamos privilegiando esta acción como una acción real.

Entonces, pensamos que la sociedad actual necesita desesperadamente de mejores personas y debemos serlo día a día. Esta práctica es ineludible, pues de alguna manera, esta sociedad del conocimiento -o del desconocimiento- así lo requiere.

Aquí quisiera detenerme en estos dos conceptos. Hablamos de la sociedad del conocimiento, pero en realidad lo que nos espera por delante es desconocimiento. Yo más bien prefiero hablar de la sociedad del entendimiento, porque lo que tenemos que lograr hacer es entender en qué mundo estamos viviendo, entender cuál es el cambio que el mundo está viviendo, para que con ese entendimiento podamos de alguna manera echar abajo toda la tremenda mitología que ha rodeado el mundo universitario.

Yo diría que nunca una institución había estado más vulnerable a lo que está ocurriendo en la sociedad que lo que está ocurriendo hoy en la Universidad. Y si la Universidad y los universitarios, porque eso está encarnado en nosotros, no logramos desmitificar de alguna manera toda la entelequia que hemos armado en torno a nuestro saber, va a ser muy difícil que podamos realmente abordar con fuerza lo que significa no tan sólo aportar a la sociedad, sino que estar en la sociedad y ser la sociedad, que es diferente.

Esta sociedad del conocimiento, del entendimiento, es una sociedad que no está apareciendo; ya estamos en ella y, probablemente, no hemos tomado conciencia de que estamos en ella y de repente queremos enfrentar esta sociedad utilizando los mismos mecanismos que permitieron sobrevivir en la sociedad industrial, es decir, la competencia y la confrontación. Realmente, lo que hoy nos convoca es fundamental justamente por eso, porque estamos hablando de cooperación y la buena noticia, yo creo, es entender la cooperación como un proceso real y sistemático de la sociedad -y donde las universidades deberíamos enseñar para cooperar- ya que es mucho mejor negocio social que la confrontación y que la competencia.

Normalmente, probablemente, no estamos preparados para ello, de hecho, cuando hablamos de confrontación y de competencia, asumimos que es algo de las empresas, pero yo quiero decir que ya es un mito decir que tenemos que romper, porque cuando uno analiza al interior de nuestra

institución universitaria se da cuenta de que es un perfecto modelo de competencia, donde los alumnos compiten unos con otros, los profesores de una asignatura compiten unos con otros, las facultades compiten unas con otras y los propios alumnos a veces en un discurso tremendamente social, según ellos, quieren que la Universidad sea solamente para elites pequeñas y todo aquél que no sacó los puntajes máximos se queda afuera. Con lo cual, a veces hasta en el discurso social lo que estamos haciendo es volver a competir, volver a excluir y volver atrás.

Yo creo que hay un desafío al interior del mundo universitario tremendamente grande por varias cosas. Primero, ser capaces de inyectarle a la sociedad energía positiva. Yo discrepo un poco de esta idea de la conciencia crítica de la sociedad, cuando hablamos de la palabra crítica, aclaremos qué es lo que es lo crítico. Si lo crítico es lamentarnos, encontrar fallas, destruir, entonces lo crítico que está haciendo la Universidad es deprimir a la sociedad. Lo que nosotros necesitamos hacer en el mundo universitario, si queremos aportar a la sociedad actual y a la Responsabilidad Social, es construir un mundo universitario que sea capaz de inyectarle a la sociedad energía positiva, buscarle soluciones, estar inserto en ella, ser ella, y no entrar a deprimirnos todos los días con discursos cada vez más catastróficos y terribles. Yo creo que esa es una primera cosa que nosotros tenemos que romper si queremos realmente ser la Universidad del futuro y ser la Universidad que construye país.

94

En segundo lugar, yo creo que la Universidad tiene que ser capaz de construir líderes sociales en todo sentido, ya sea en la práctica al interior de ella o fuera de ella -hay un tema de consecuencia ahí entre lo que se dice y se hace-, pero también tenemos que ser capaces de que nuestros alumnos y nuestros académicos se apropien de la sociedad, sean capaces de colocarse no fuera de la sociedad, como esta conciencia crítica o este templo del saber, sino que insertos en la corresponsabilidad de ser actores con deberes y responsabilidades.

La extensión, entendida como una de las tareas propias de la Universidad, también pasa a ser una herramienta fundamental para este concepto de Responsabilidad Social. La extensión entendida como la difusión de la cultura y del saber universitario puesta al servicio de toda la sociedad. Puedo poner algunos ejemplos de lo que significa poner la extensión al servicio de la sociedad, y cómo esto se enfrenta a los mitos universitarios. Nosotros, por ejemplo, estamos haciendo una actividad en la ciudad de Quintero; desde el punto de vista de todos los análisis que uno pudiera

hacer en términos de demanda, de población, de una serie de consideraciones, uno podría decir que la Universidad no tiene nada que hacer en Quintero. Entonces empezamos a darnos este doble discurso, la Responsabilidad Social por un lado y empezamos luego a poner una serie de consideraciones negativas. Pero si ustedes supieran lo que significó llevar a Quintero el Canto de Neruda, cómo revolucionó a la ciudad, entonces uno entiende lo que es la Responsabilidad Social.

Por lo tanto nosotros tenemos la tarea de mover nuestra cultura, mover nuestros académicos, mover nuestro mundo en todos los ámbitos regionales que somos posibles de abarcar y por lo tanto nosotros hemos iniciado un proceso de abarcar nuestra región. Nos han criticado mucho, que van a bajar el nivel, etcétera, nos damos mil disculpas, pero lo que sí muestran en general los estudios de territorialidad es que cuando un polo universitario se ancla no en un sentido de traer dinero a la casa central, sino que se ancla en una pequeña comunidad, aunque sólo se sustente, y logra colocar actividades y logra colocar arte y cultura, empieza a generar un espacio de desarrollo regional importante. Empieza a darles trabajo a los profesionales que están ahí en ese pueblo, empieza a darle un espacio a la gente que está allí, la gente empieza a ahorrarse el viaje, pero para que eso funcione, tenemos solamente que romper mitos, mitos que nos hemos creado.

Y en ese sentido estamos avanzando en tratar de cubrir la región, pero no para ganar plata, queremos cubrir la región porque sentimos que la Universidad de Valparaíso tiene entre sus responsabilidades sociales que romper el centralismo regional y lograr que la Universidad esté en los pueblos, esté en las comunidades, esté en San Antonio, esté en Quillota, y tenga una presencia que, de alguna manera, permita que ahí se genere un polo de desarrollo ligado a los municipios, ligado a las empresas de la zona, etcétera. Yo creo que la Responsabilidad Social es una cosa que hay que construir en los hechos, hay que construirla en la realidad, y luego entonces seguramente los indicadores van a mostrar buenos resultados, pero no podemos después impedir eso a través de nuestros propios discursos, por lo tanto hay que revisar, hacernos esa mirada crítica a nosotros mismos, cuando la Universidad a sí misma se ha autocensurado y se ha colocado en un rol cómodo fuera del mundo real.

Quisiera terminar mis palabras tratando de emitir algunos conceptos sobre el liderazgo. Recién mencionaba que la Responsabilidad Social se puede expresar a través de distintas maneras. Hemos hablado de la presen-

cia en las regiones, en los lugares, en las comunidades, de generar polos donde la gente encuentre un lugar donde pueda expresar toda su riqueza y toda su creatividad. Es impresionante, hemos visto lo estimulado de algunos alumnos por el solo hecho de estar ahí la Universidad, mientras tenemos alumnos en las casas centrales que desprecian las instituciones y falta poco para que tengamos que llevarles en una bandeja las cosas a las salas de clases y en otra Universidad un alumno que viene de un colegio municipalizado, que se le ha dado la oportunidad, que lo hemos puesto en un Bachillerato, hace unos esfuerzos enormes e increíbles y logra los mismos resultados que el otro. Entonces, es parte de la mitología que hay que echar abajo.

Necesitamos liderar, necesitamos que nuestras instituciones sean capaces de liderar, sean capaces de señalar caminos, sean capaces de romper mitos, seamos capaces de resistir lo que significa romper esos mitos. Si la Universidad hoy no es capaz de hacer ese tránsito, simplemente a la larga va a ser superada por otras instituciones. Nunca ha habido una institución que esté más amenazada que la Universidad en la sociedad del conocimiento de hoy. Podemos fácilmente derrumbarnos en poco tiempo si no somos capaces de hacer este tránsito hacia la Universidad abierta, hacia la educación continua, hacia el hecho de que la gente va a tener que volver varias veces en su vida a la institución. Hacer currículos más sencillos, más simples. Tratar que sea una educación de por vida, la gente va a cambiar de profesión muchas veces en su vida, y esas son las respuestas al tema del desempleo. No podemos producir estudiantes que van a emplearse; tenemos que producir estudiantes que creen soluciones y que creen empleos y que empiecen a pensar que su rol, su primer rol, es disminuir el desempleo y que el segundo rol es conseguir “pega” para ellos.

Son temas sustantivos y de fondo que yo creo que todavía no hemos sido lo suficientemente fuertes al enfrentarlos, al menos en nuestra definición institucional de visión y misión universitaria y en la práctica. Pero con todo lo que cuesta hacer estos cambios, estamos enfrentándolo en la práctica, en el día a día real. Y hasta ahora, quiero decir que los resultados que nosotros hemos visto son realmente buenos y espectaculares. Es más, cuando asumimos la Rectoría teníamos nosotros un tremendo desafío: Teníamos 440 jornadas completas equivalentes, 550 funcionarios y 4300 alumnos, o sea, por decirlo de alguna manera, estábamos listos para cerrar la cortina. No era posible resistirlo además frente a un Estado que estaba más o menos ausente, de tal manera que había dos posibilidades: Lamentarse o enfrentarlo.

Ahora, lo que quiero destacar cuando hablamos de liderazgo, es que nosotros ahora hemos pasado a tener más o menos nueve mil alumnos, tenemos tres programas de doctorado, catorce programas de magíster –no teníamos más que dos hace tres años atrás–, hemos hecho una innovación curricular fuerte, una auto evaluación fuerte, hemos ganado bastantes proyectos, hemos aumentado fondos, estamos construyendo en toda la Universidad. Pero yo quiero destacar una cosa: Eso se ha hecho con la misma gente, o sea, el problema no es de cambiar a las personas, sino que de educar, liderar, convencer, hablar, conversar y gastar una enorme cantidad de tiempo en que la gente asuma este rol de la Universidad, que es la sociedad, que responde a la sociedad.

Cuando digo esto no me refiero a lo nuestro. Significa, por ejemplo, que en Valparaíso el empleo ha estado fuertemente influido por las construcciones universitarias. Si en estos tres años no se hubiera construido en las universidades de la región, probablemente el empleo de la región habría mermado. Es decir, cuando hablamos de Responsabilidad Social, tenemos que hablar de muchas cosas. La propia gestión universitaria es una Responsabilidad Social porque están trabajando una enorme cantidad de personas en ella y depende de una enorme cantidad de trabajo de ella. Nuestras universidades aquí en la región, por ejemplo, mueven una cantidad de recursos tan impresionante que creo es la segunda actividad regional y nunca se había medido, estamos hablando de 280 millones de dólares, una cantidad impresionante que las universidades mueven en pensiones, en proveedores, en compras, en casinos, en alimentación, etcétera.

La Universidad no podemos sólo mirarla desde este punto de vista de la entelequia, de lo que ocurre en sus aulas, en su conocimiento. La Universidad en sí es un polo de desarrollo, en sí es una Responsabilidad Social, en sí tiene que cumplir este rol de dar empleo, de mover gente, de cambiarle la mentalidad a los alumnos, etcétera. Tal vez me alargué más de la cuenta, pero quisiera simplemente decirles que el desafío es liderar esto y hacerlo realidad.

En primer término, quiero agradecer a los organizadores de este Seminario, en particular a la Sra. Mónica Jiménez, la invitación a conversar con ustedes sobre la Responsabilidad Social de la Universidad.

Me cuento entre las personas que creen que la Responsabilidad Social de la Universidad consiste en cumplir fielmente la misión que le es propia. En otras palabras, la Universidad tiene la Responsabilidad Social de ser «una buena Universidad». Esto implica, en primer término, ayudar a cuidar el tesoro de conocimientos que la humanidad ha ido acumulando durante su historia para transmitirlo a las nuevas generaciones. Pero no se trata sólo de transmitir «mecánicamente» un cúmulo de conocimientos, sino de hacerlo en una forma que despierte el interés por el saber y, de esa manera, permita mantener viva en las nuevas generaciones la inquietud intelectual que es, a la vez, amor por el saber y por la verdad.

La segunda gran misión de una «buena Universidad» es acrecentar el acervo del conocimiento. Esto se logra mediante la reflexión humanística, la investigación científica y la actividad artística que realizan los miembros de su comunidad académica. No todas las universidades hacen investigación. Por lo mismo, esta es una responsabilidad que compete sólo a unas pocas universidades líderes.

Por último, la Universidad debe compartir el conocimiento que posee con la sociedad entera. Tradicionalmente, hemos pensado que este «compartir» se cumple con las labores de extensión. Sin embargo, creo que son igualmente importantes las actividades de servicio mediante las cuales las universidades ayudan a resolver problemas concretos de la sociedad. Esto último sólo puede suceder cuando ellas sienten un fuerte compromiso con las comunidades respectivas.

Entrando ahora en el tema de esta convocatoria, ¿cuál es la Responsabilidad Social de las universidades chilenas de cara al Bicentenario?, creo firmemente que Chile necesita proyectos universitarios alineados con un proyecto país, motivados por un sueño de lo que Chile debe llegar a ser y, por lo mismo, fuertemente comprometidos con el progreso de nuestra sociedad. Desde esta perspectiva, el sistema universitario chileno debería ser un gran impulsor del progreso social, cultural y económico de nuestro país.

La Pontificia Universidad Católica de Chile está profundamente motivada por el anhelo de transformar a la sociedad chilena en una comu-

nidad más próspera, justa y solidaria. Tenemos un Plan de Desarrollo para el período 2000-2005 que plantea este desafío y orienta sus planes de acción en torno a tres grandes objetivos: 1) Un nuevo proyecto educacional; 2) Ampliar nuestra capacidad de investigar, y 3) Fortalecer nuestros vínculos con la sociedad.

El primer objetivo involucra un considerable cambio de paradigma: Sustituir el actual modelo de «Universidad napoleónica», orientado a la capacitación profesional, por otro que ofrece una perspectiva más amplia del saber y busca promover ciertos valores y actitudes. Creemos que la oferta educacional actual se limita a instruir y capacitar, es decir, acrecienta el tener de las personas. En cambio, educar significa ayudar a que las personas crezcan como personas. Es decir, que crezcan en su ser. Para la definición del objetivo mencionado fue muy importante la convocatoria que el Santo Padre Juan Pablo II hizo, en el año 2000, a todas las universidades del mundo, invitándolas a que se transformaran en las constructoras de un nuevo humanismo: El humanismo de la solidaridad, de la paz, de la justicia y del progreso. Nosotros compartimos ese ideal, como también la convicción de que un país mejor sólo puede construirse con personas que comparten la meta de crear una cultura humanizada. Es decir, una cultura que tiene como preocupación central el cuidado de las personas y el respeto por cada una de ellas, sobre todo de las más débiles y vulnerables.

Para responder a esa realidad hemos puesto en marcha un nuevo proyecto educativo que se propone, como objetivo común de todos los programas de estudio, formar personas más cultas, íntegras y solidarias. En concreto, el nuevo proyecto educativo implica 60 créditos de ramos distintos a los que imparte la carrera escogida, 10 créditos de ética y antropología, 10 créditos de teología, un requisito de idioma castellano y un requisito de idioma inglés. Estos dos últimos implican demostrar competencia en ambos idiomas al finalizar el tercer año de la carrera. Estos 80 créditos de ramos «externos», sumados a 120 créditos de la propia carrera (60 de disciplinas básicas y 60 de ramos profesionales introductorios a la carrera), suman un total de 200 créditos que hacen acreedor al Grado de Bachiller. A partir del año 2004, el nuevo Plan de Formación General incluirá la exigencia adicional de realizar 450 horas de trabajo comunitario, no remunerado, en una institución escogida por cada estudiante.

Junto con el cambio de contenidos curriculares, nuestra Universidad se propone generar un «currículum implícito», que involucra cambios en la metodología docente y, en general, una educación mucho más

personalizada que la actual. Esta última es una meta que implica un cambio significativo en la cultura universitaria. Las universidades se han transformado en instituciones profundamente despersonalizadas, están muy centradas en las tareas y muy poco centradas en las personas. Tienden a concebirse a sí mismas como empresas de servicios educacionales, que tratan de acoger y atender con esmero a sus clientes, pero sin otra pretensión que satisfacer las expectativas de los mismos, las que suelen limitarse a la obtención de un título profesional. Esta realidad las sitúa a mucha distancia de la Universidad concebida como una comunidad de maestros y estudiantes que buscan la verdad.

En el ámbito de la investigación, estamos fortaleciendo el área de las artes y las humanidades que, tradicionalmente, ha contado con menos recursos que las áreas científicas y tecnológicas. Generalmente, cuando se habla de progreso, tendemos a pensar en términos de avance tecnológico; pero un país no progresa solamente porque su economía se expande. Es necesario cultivar las artes, las letras, la capacidad de reflexión filosófica, de apreciación estética... Por lo mismo, es necesario crecer en estas áreas.

Al mismo tiempo, estamos impulsando el desarrollo de actividades de investigación tecnológica más vinculadas con el sector productivo. Éstas abarcan desde la certificación de calidad hasta el diseño de procesos, de productos y la incubación de empresas. Sólo para dar una idea de las muchas iniciativas que nuestra Universidad tiene en este campo, quisiera mencionar algunos de los proyectos pertenecientes a este ámbito: El estudio de sistemas constructivos de muros masivos, la creación de modelos de simulación de recursos hídricos en el Salar de Atacama, el diseño de instrumentos económicos aplicados al control de la contaminación atmosférica, el diseño de una bomba manométrica y la fabricación del prototipo respectivo, la ejecución de ensayos geotécnicos y el desarrollo de metodologías computacionales para la fabricación de semiconductores. A estos proyectos quisiera agregar, como un ejemplo particularmente interesante, la asesoría, como unidad de investigación y desarrollo, que la Universidad, a través de su Escuela de Ingeniería, presta a una empresa que fabrica herramientas. Esta asesoría ha posibilitado fabricar productos exportables de gran calidad.

En nuestro esfuerzo por ayudar a construir un país mejor, nos gustaría que el sector productivo de Chile diera un gran paso adelante e intentara desarrollar una economía que, sin perder sus ventajas comparativas en cuanto a exportación de materias primas, pudiera aumentar

significativamente las exportaciones de productos elaborados. Creemos que esta es la única estrategia que, en el mediano plazo, permitirá generar muchos más empleos rentables e incrementar el nivel de ingresos de nuestra población. Lo anterior implica, además, aumentar en forma significativa los índices de productividad, aspecto que también requiere inyectar conocimientos en el sector productivo nacional. Este es otro aspecto que nuestra Universidad está abordando.

El tercer eje programático de nuestro Plan de Desarrollo se propone lograr un intercambio más dinámico entre la sociedad y la Universidad. Para esto hemos expandido nuestra oferta educacional y de extensión en la forma de seminarios y conferencias en las que se analizan y debaten algunos de los grandes temas que interesan a nuestra comunidad nacional. Con respecto a este último punto, por el hecho de ser propietaria de una estación de televisión, nuestra Universidad tiene una gran responsabilidad en el campo comunicacional. En este tema, nuestro objetivo es ayudar a las personas a comprender el mundo en el que viven y a promover una «cultura del entendimiento», especialmente para beneficio de quienes tienen poca educación. Por eso, pensamos que las noticias tienen que ser presentadas de una manera que permita a las personas adquirir elementos de juicio sobre lo que está ocurriendo y puedan actuar de acuerdo a los mismos. Lo anterior, que los anglosajones denominan «empowerment», es uno de los elementos sobre los cuales se construye una convivencia democrática plena.

También nos preocupa el embate de la cultura internacional. Creemos que ayudar a preservar lo que hay de auténtico, de original y de único, lo que nuestra cultura puede ofrecer como propio al mundo, es muy importante. En este espíritu, creamos un «Centro de Desarrollo Para los Pueblos Originarios», radicado en nuestra sede de Villarrica, que está centrado en el estudio y promoción de la cultura mapuche. Por las mismas razones, nos estamos esforzando por darle una mayor proyección a nuestra Feria de Artesanía Popular. Igualmente, a través del Instituto de Letras y del Instituto de Estética, la Universidad realiza un trabajo muy importante de estudio y rescate de la literatura popular, especialmente de la poesía popular chilena.

Con respecto a las labores propiamente de servicio a la sociedad, quisiera mencionar, por su particular relevancia, el Programa Penta-UC para niños con talento académico. Este programa, pionero en nuestro país, se realiza en las comunas de La Florida y Puente Alto en un grupo de aproximadamente 300 niños provenientes de familias de escasos recursos.

En estado de régimen, este Programa acogerá a 400 niños, los que serán acompañados hasta que ingresen a la educación superior.

En el ámbito de las políticas públicas, nos hemos propuesto ampliar nuestra aproximación tradicional, pasando del estudio crítico de las políticas públicas a un enfoque práctico. Concretamente, la Universidad Católica se ha propuesto un trabajo de apoyo a la aplicación de estas políticas en el territorio municipal. En este momento estamos participando en un centenar de iniciativas de seis municipalidades de la zona Sur de Santiago y de la ciudad de San Felipe. El trabajo consiste en análisis de proyectos, que realizan estudiantes en los últimos años de sus carreras con el apoyo de un docente. Estos equipos se hacen cargo de determinados problemas planteados por las municipalidades y buscan soluciones concretas para ellos.

A las anteriores podría sumar una larga lista de proyectos y áreas de acción en las que nuestra Universidad está realizando un aporte muy significativo para la construcción de un país mejor. Me limitaré a enumerarlos: Capacitación de profesores, desarrollo de un nuevo currículo para la educación básica, la incorporación de la informática a la educación media, la salud familiar, la prevención de la violencia intrafamiliar, programas educativos y en salud para el adulto mayor, programas de promoción de conductas saludables para la educación básica, rehabilitación de alcoholismo y drogadicción, capacitación de medianos y pequeños empresarios, capacitación de profesores de pre-básica, formación de líderes sindicales y muchas otras.

La Universidad Católica también se proyecta en su servicio a la comunidad mediante el trabajo voluntario. Un porcentaje muy alto de nuestros estudiantes participa en este tipo de actividades. Más recientemente, hemos apoyado acciones voluntarias que se desarrollan en ciclos de tiempo más largos que el lapso de un trabajo de verano o de invierno. Un proyecto de este tipo, puesto en marcha el año pasado, es el Programa Belén de Macul, radicado en la comuna de este nombre. A partir de este año, este programa se expandirá a la comuna de Santiago para colaborar con iniciativas de este municipio o de otras instituciones comunitarias en las áreas de educación, salud, promoción social, urbanismo, y otros problemas.

Como pueden apreciar, nos estamos esforzando, con mucho entusiasmo y espíritu solidario, para ayudar a la construcción de un país mejor. Como Universidad perteneciente a la Iglesia Católica, lo hacemos movidos por amor fraternal y orientados por una visión trascendente de la persona humana. El desafío es enorme, pero creemos firmemente en la verdad

contenida en un concepto de Juan Pablo II sobre las universidades (Kinshasa 4/V/1980) con el que quisiera cerrar esta presentación: «...la Universidad hace parte naturalmente del patrimonio cultural de un pueblo. En este sentido, podríamos decir que ella pertenece al pueblo». Nuestra Universidad, católica, nacional y plenamente autónoma, asume este hecho como su razón de ser.



Notas

¹ Líder del Proyecto en la Universidad de Concepción.

² Rector Universidad de La Frontera.

³ Rector Universidad Alberto Hurtado.

⁴ Cf. Berger y Luckmann, “The social construction of reality”.

⁵ Rector de la Universidad de Valparaíso.

⁶ Rector de la Pontificia Universidad Católica de Chile.



El orgullo de tener a cuatro rectores hablándonos de la Responsabilidad Social Universitaria: Hoy y Mañana.

104

Reconocimiento a los rectores por su apoyo y entusiasmo de avanzar junto al Proyecto "Universidad: Construye País".



